

Transiciones, ilusiones, frustraciones y esperanzas

Jordi Borja

UNIVERSITAT OBERTA DE CATALUNYA

jborjas@uoc.edu

Recibido: 03/06/2017

Aceptado: 07/09/2017

RESUMEN

El franquismo fue una dictadura brutal, pero no siempre fue igual. En los años cuarenta y cincuenta se vivió en una dictadura similar a las fascistas, en un clima de guerra civil, de represión y de terror. La sociedad vivía en el miedo y/o en la sumisión. Las minorías resistentes eran heroicas, pero no modificaban el régimen político. Durante los años sesenta, ciertos sectores de la sociedad empiezan a perder gradualmente el miedo; el Estado no controla la vida social ni la cotidianidad en el uso de la lengua; se desarrolla la lucha sindical pese a la represión; el mundo universitario y cultural menosprecia el franquismo y, a finales de los años sesenta, emergen demandas y protestas sociales en los barrios populares. En este marco, los núcleos políticos, la mayoría de izquierdas y nacionalistas, empiezan a enraizarse en los ámbitos más críticos del régimen.

La Transición *pactada* era casi inevitable. La mayoría de la sociedad no quería la continuidad del franquismo, aunque temían un cambio traumático y violento. El resultado fue un inicio democrático formal. No obstante, el franquismo institucional estaba presente en las Fuerzas Armadas, en la alta burocracia, en la Judicatura, etc. La Transición fue un inicio de democratización.

Palabras clave: transiciones, resistencias, sociedad del miedo y terror, mitos y esperanzas, transición pactada y pervertida.

ABSTRACT. *Transitions, dreams, frustrations, and hopes*

Francoism was a brutal dictatorship, but it was not always that way. During the 1940s and 1950s, people in Spain lived under a dictatorship like that of other fascist dictatorships, in a civil war atmosphere of repression and terror. Society lived in fear and/or submission; resistant minorities were heroic, but they did not change the political regime. In the 1970s, some segments of society gradually began to lose their fear; the Spanish state no longer controlled social or daily life regarding the use of language; the fight of the trade unions grew despite State repression; universities and cultural spheres despised Francoism and, by the end of the decade, social demands and protests emerged in working-class neighbourhoods. In this context, the political cores—most of the left as well as nationalists—began to take root in the most critical areas of the regime and an 'agreed transition' became almost inevitable. Most of society did not want the Franco regime to continue, but they also feared a traumatic and violent change. The result was a formal democratic beginning. However, institutional Francoism was still present, for example, in the armed forces, the upper echelons of bureaucracy, and the Judiciary. Transition was the beginning of democratisation.

Keywords: transitions, resistance forces, society of fear and terror, myths and hopes, agreed and perverted transition.

SUMARIO

De la resistencia a la Transición, entre la realidad y la ilusión, entre el miedo y la esperanza

Esperanza, frustración y los mitos de la Transición

Mitos y contramitos a la búsqueda de nuevas utopías por caminos más reales que míticos

- Del mito angelical al mito demonizado

- ¿Podían hacer algo más las organizaciones de izquierda que combatieron frente a frente a la dictadura?

Inmovilismo político y el posible nuevo horizonte en busca de la política real y una estrategia que acerque a la utopía

Conclusión

Referencias bibliográficas

Autor para correspondencia / Corresponding author: Jordi Borja, UOC-Gestión Ciudad y Urbanismo. Rambla del Poble Nou, 156, 08018 Barcelona.

Sugerencia de cita / Suggested citation: Borja, J. (2018). Transiciones, ilusiones, frustraciones y esperanzas. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 132(1), 25-38. doi: <http://doi.org/10.28939/iam.debats.132-1.3>

DE LA RESISTENCIA A LA TRANSICIÓN, ENTRE LA REALIDAD Y LA ILUSIÓN, ENTRE EL MIEDO Y LA ESPERANZA

«La resistencia es tener esperanza», escribió René Char.¹ En España hubo siempre resistencia, a pesar de la derrota militar y la masacre represora iniciada con la guerra. El terror represor se aplicó desde los primeros días de la guerra; simplemente la no adhesión al Alzamiento era suficiente para matar con o sin juicio.² Las décadas de los cuarenta y cincuenta fueron años, no solo de postguerra y de miseria, sino también de terror. Se forjó un Estado totalitario que implantó los fusilamientos, las largas condenas de cárcel y las torturas ante cualquier atisbo de propaganda contraria al régimen político. Cualquier acto de oposición o de apoyo a los resistentes, o cualquier intento de conflicto social era suficiente motivo para ser detenido y condenado. El miedo colectivo y el refugio en la privacidad fueron las principales características de la sociedad española. Sin embargo, hubo resistencia, armada incluso en los años cuarenta, o social e intelectual en los cincuenta. Los comunistas, obviamente,

pero también anarquistas, sindicalistas, núcleos católicos y nacionalistas e, incluso, disidentes de la dictadura. Pero fueron minorías activas con difícil arraigo en la sociedad y con apoyos precarios. Una parte importante de la población media y amplios sectores populares que no eran favorables y que, incluso, eran muy contrarios a la dictadura, estaban paralizados por el autoritarismo represor. El temor al Estado, al Gobierno y a los militares, se implantó en los genes de los españoles. En los años sesenta y setenta el totalitarismo se resquebrajó, perdió el rígido control sobre una sociedad cambiante, pero quedó latente la marca del terror, de la Guerra Civil y de la violencia política.

Las minorías activas antifranquistas y de izquierdas imaginaron, sin embargo, un derrumbe de la dictadura, una insurrección popular pacífica y una promesa democrática ideal. Una democracia como antesala de transformación social, un avance hacia el socialismo. La resistencia civil confrontada a la dureza del franquismo generaba esperanzas consoladoras, algo parecido a los exiliados que cada año brindaban por el próximo regreso a una España democrática.³ La realidad era más compleja. Ciertamente, a partir de los años sesenta, la sociedad se fue quitando la losa fascistoide y del nacionalcatolicismo de las dos primeras décadas de la postguerra. Se abrieron brechas en la cotidianidad, en las culturas identitarias, en la vida universitaria y en la intelectualidad, con muchas limitaciones en la producción de libros

1 René Char (1907-1988), uno de los grandes poetas y destacado combatiente contra la ocupación alemana (fue jefe de grupo en el *maquis*). Dos de sus libros fueron escritos durante la Resistencia: *Seuls demeurent* y *Feuillets d'Hypnos*. Inicialmente, participó en la fundación del surrealismo, con Aragon y Éluard (posteriormente comunistas) y Breton (próximo al trotskismo). Char, republicano y de izquierdas, después de la guerra, se manifestó contrario al comunismo estalinista.

2 La gran pequeña joya que es *Los girasoles ciegos*, de Alberto Méndez, lo sintetiza en el inicio. El oficial del ejército franquista se *rinde* a los republicanos el día anterior al final de la guerra. Prendido junto a estos por los franquistas, es juzgado por traición y declara: «Preguntado acerca de si son las gloriosas gestas del Ejército Nacional la razón para traicionar a la Patria, responde: que no, que la verdadera razón es que no quisimos entonces ganar la guerra al Frente Popular. Preguntado que si no queríamos ganar la Gloriosa Cruzada, qué es lo que queríamos, el procesado responde: queríamos matarlos».

3 Recuerdo como, en el París de los años sesenta, al llegar a las Navidades, exiliados e incluso dirigentes comunistas o anarquistas brindaban «el año que viene, todos a Madrid» o a su pueblo. Retenía mi escepticismo. Es el fondo metafísico del pensamiento revolucionario. Como diría Marx, «la religión es el opio del pueblo», pero también «el suspiro del oprimido». Es la esperanza más o menos utópica lo que da ánimo para resistir a la enorme superioridad de las fuerzas represoras.

y publicaciones, en las asociaciones ciudadanas y barriales, en la Iglesia de base, etc., y especialmente, en las fábricas, en las minas; incluso en el campo se fue forjando un importante movimiento sindical, muy lentamente en los cincuenta, en el marco oficial, y luego más rápidamente en los sesenta, y ya con plena autonomía con las Comisiones Obreras (CCOO).

La sociedad iba creando espacios de libertad, pero el Estado dictatorial mantenía su gran capacidad represora y controlaba las cúpulas y los principales mandos de los aparatos políticos o parapolíticos, como el conjunto de las administraciones públicas, la Judicatura, las Fuerzas Armadas y los cuerpos policiales, la Iglesia, los grandes medios de comunicación, las élites empresariales, etc. La relación de fuerzas no hacía posible un cambio político radical, de la dictadura a la democracia; la vuelta de la tortilla no iba a ser fácil ni total. La sociedad empezaba a expresarse y este potencial movilizador se fue desarrollando en la década de los setenta. Pero el Estado mantenía su fuerza coactiva que no toleraba que se cuestionara el sistema político derivado de la Guerra Civil.

Esta era la realidad. La sociedad no podía demoler el Estado vigente, pero tampoco este podía regular la sociedad. Se enfrentaban un modelo de Estado inmovilista y sin más legitimación que la fuerza del miedo y la represión, contra las fuerzas resistentes, crecientes pero minoritarias y portadoras de una utopía democrática y social. La sociedad en gran parte era el *público*; aspiraba a una democracia tranquila, sin pagar costes. Las mayorías sociales tenían arraigado el miedo y la violencia, se sentían ajenas o impotentes ante la *política*, tendían al *consenso pasivo* gramsciano, con aspiraciones más liberales que republicanas, muy europeístas y muy poco, o nada, revolucionarias. La esperanza democrática iba arraigando en la sociedad española, aunque mezclada con miedos ante la hipotética violencia, el vacío político tras la muerte del dictador, las (dudosas) iniciativas revolucionarias. Hay que tener en cuenta que las izquierdas resistentes estaban hegemonizadas

por los comunistas, que representaban no solo su horizonte futuro revolucionario, sino que también eran identificados con el otro bando de la Guerra Civil. Los comunistas no eran suficientemente fuertes para liderar un antifranquismo mayoritario, pero lo eran para generar temor en las mayorías pasivas e, incluso, en el antifranquismo moderado, incluida la cúpula socialista.

ESPERANZA, FRUSTRACIÓN Y LOS MITOS DE LA TRANSICIÓN

La esperanza democrática se concretó o pareció posible a la muerte del dictador. Una esperanza que conllevaba temores más o menos explícitos. Las cúpulas políticas del franquismo no tenían liderazgos fuertes ni cohesión interna, pero estaban insertas en todos los aparatos del Estado. Los sectores empresariales necesitaban integrarse en Europa, lo que precisaba inventar un marco de democracia formal, aunque eran especialmente sensibles a la conflictividad social y al debilitamiento del orden establecido. Las clases medias y populares, especialmente las generaciones que conocieron la guerra o la larga postguerra de los años cuarenta y cincuenta, tenían arraigado el temor a la violencia y a la represión. La movilización social se multiplicaba muy pacíficamente, conscientes los líderes y los cuadros de los partidos antifranquistas y de las organizaciones sociales de que se estaba en el filo de la navaja.⁴ La presión democratizadora era, a la larga, imbatible, pero los aparatos del Estado vigentes solo podían ser desmontados en sus aspectos más visibles si se hacía pacíficamente, si se neutralizaban desde dentro, lo que exigía pactos más o menos explícitos

4 El asesinato de los siete miembros del principal colectivo de abogados laboristas, vinculados a CCOO, en enero de 1977, generó un enorme impacto electoral en todo el país. Los asesinos pertenecían a una red de extrema derecha vinculada abiertamente a los sectores más inmovilistas de los aparatos del Estado, políticos y militares. CCOO y el Partido Comunista Español (PCE) tuvieron la inteligencia de organizar una extraordinaria manifestación que ocupó todo el centro de Madrid, sin gritos ni pancartas, con un servicio de orden disciplinado, en un impresionante silencio, sin atisbo de violencia. Una demostración de fuerza, pero también una voluntad de declarar una transición pacífica, *de facto* pactada.

o tácitos. Y así fue. La Ley de Reforma Política, no aceptable por parte del antifranquismo, fue aprobada por el 90 % de la ciudadanía mediante referéndum, en unas circunstancias discutibles, ya que este fue convocado por el Gobierno sin que la oposición, aún no legalizada, pudiera hacerse sentir por la mayoría de la población. Solo los comunistas y la extrema izquierda hicieron campaña en contra. Se inició la Transición.

Se abrió la compuerta al proceso democratizador, a la Constitución y a los avatares del proceso. Al inicio se planteó una fórmula a medias, o de democracia muy limitada, con una monarquía heredera de la dictadura, con escasos contenidos sociales, entre partidos que se alternaran por medio de elecciones sin cuestionar las bases políticas pactadas y la economía capitalista, y con muchos reparos en lo referente al reconocimiento de las nacionalidades históricas. ¿La otra alternativa era una democracia con vocación transformadora, republicana, que creara el estado del bienestar, que concediera el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades, que promoviera una democracia a todos los niveles de la sociedad? Esta era la alternativa deseada por el antifranquismo activo, resistente y difícilmente renunciable. Pero ni la reforma *limitada* era aceptable por parte del antifranquismo, ni la ruptura deseable era posible por las múltiples resistencias y temores. El resultado lógico fue buscar caminos intermedios. El dilema se estableció entre un avance democratizador o una regresión autoritaria.⁵

5 En el periodo comprendido entre la muerte de Franco (1975) y las elecciones que ganó el PSOE (1982), había una impresión generalizada, tanto en las élites políticas y económicas como en el conjunto de la sociedad española de que en cualquier momento podía darse un golpe de Estado político-militar autoritario y represivo. La legalización del PCE, la ofensiva terrorista, el renacimiento de las nacionalidades, el temor a represalias por las múltiples fechorías de los aparatos franquistas, la ideología de las cúpulas militares, de la Judicatura y de una parte de los medios y de la Iglesia que despreciaban la democracia, lo hacía posible. Si bien los gobiernos europeos tendían a favorecer la democratización española, aunque muy discretamente, el Gobierno de los Estados Unidos, por medio del secretario de Estado (de hecho, el número dos del Gobierno), cuando supo del intento de golpe de Estado con los parlamentarios secuestrados por la Guardia Civil y por fuerzas militares (1981), se limitó a una declaración que consideraba que era una cuestión interna del Estado español.

El primer resultado pactista fueron los Acuerdos de la Moncloa, que fue un pacto con partidas de austeridad inmediatas y compromisos a medio plazo, en gran parte incumplidos.⁶ Pero el cambio político institucional fue algo más que un maquillaje de la dictadura; fue un inicio real democratizador, con limitaciones y ambigüedades, pero que abría un proceso hacia la democracia. Se legalizaron los partidos, incluido el comunista,⁷ una cuestión clave. Se celebraron elecciones libres y con sufragio universal. Se elaboró y se aprobó una Constitución que tenía un potencial desarrollo democratizador, pero con frenos y posibles marchas atrás.⁸ Sin embargo, la Transición se inició con más resistencias conservadoras que iniciativas democratizadoras.

La Transición comenzada, pactada y pacífica, vivió un sobresalto que tuvo consecuencia: el golpe militar fallido de febrero de 1981. Este consolidó a la Monarquía impuesta y legitimada ante la opinión pública (a pesar de las ambigüedades del jefe de Estado). El miedo volvió (si es que se había ido) a

6 Los acuerdos de austeridad favorables a los sectores empresariales afectaron a los trabajadores (desocupación, inflación sin aumentos salariales). Las contrapartidas, como las políticas públicas reindustrializadoras y generadoras de empleo y el control de los bancos y empresas que se liberalizaron y recibieron ayudas, en gran parte, no se cumplieron.

7 El PCE tuvo que pagar un duro peaje simbólico: aceptar la monarquía, la bandera y el himno que fueron del franquismo y de la España negra. La legalización fue una decisión audaz por parte de Suárez mientras que el PSOE presionaba a Carrillo para que asumiera la no legalización y para que constituyeran una asociación más amplia y sin referencias al PCE. Carrillo se opuso; el PCE fue la columna vertebral de la resistencia a la dictadura y había demostrado su vocación democrática. El Gobierno reconoció finalmente la legalización del partido *in extremis*, a punto de celebrarse las primeras elecciones (1977), a cambio del citado peaje. Al líder del PCE le impusieron un ultimátum con un plazo de casi horas para pagarlo.

8 Un ejemplo es la ambivalencia de la Constitución respecto a las nacionalidades. Se les reconoce un estatus especial, que podría incluso derivar en una federalización o confederalización, pero, al mismo tiempo, se proclama que España es indivisible y se limitan considerablemente las competencias a conveniencia de los gobiernos centrales, que pueden incluso forzar a los gobiernos autonómicos a obedecer sus requerimientos.

amplios sectores de la sociedad y de la clase política. Se añadía a ello la acción terrorista de ETA y la guerra sucia del Gobierno. El centro-derecha dialogante se fue disolviendo y Suárez fue eliminado del juego por su propio partido. Emergió la derecha conservadora vinculada a la cúpula de la Iglesia, del Ejército, de la alta Administración del Estado y del empresariado duro. Un PSOE asustado, pero con vocación de poder, vio su oportunidad a cambio de reinterpretar la Transición. La Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico (LOAPA) estaba destinada a reducir a mínimos las autonomías.⁹ Las políticas neoliberales se expandieron bajo el Gobierno de Calvo Sotelo. La derecha en proceso de reconstrucción no tenía posibilidades de ganar las elecciones; el PSOE aparecía como el partido dispuesto para desarrollar y limitar la Transición según los intereses de los poderes fácticos.¹⁰

El PCE resultó victorioso y derrotado a la vez. Fue la columna vertebral de la resistencia antifranquista, el partido de los movimientos y organizaciones sociales, el adalid de las políticas unitarias, de la reconciliación nacional, de la defensa de la democracia política, de la convergencia entre las fuerzas del trabajo y de la cultura, del derecho de las nacionalidades y, ante todo, de la voluntad constructiva y pacífica de un bloque social y político de la gran mayoría para acabar con la dictadura y crear una democracia progresista. En la Transición asumió los compromisos y los pactos para hacer posible el inicio democratizador. Pero fue marginado y su presencia en las instituciones centrales fue mínima,

casi simbólica. Ayudó a ello el sistema electoral.¹¹ Solo tuvo acceso a los gobiernos locales y, en algunos pocos casos, a gobiernos autonómicos. La militancia del PCE y del PSUC, con un fuerte arraigo entre las clases trabajadoras y también en los medios intelectuales y profesionales, quedó frustrada y con frecuencia se buscaron chivos expiatorios en el eurocomunismo o en la dirigencia. Ambos partidos fueron atacados desde dentro y desde fuera, a veces directamente, otras veces de forma indirecta, por parte de los socialistas y de la derecha, de los poderes fácticos y de los medios de comunicación. Y también por los soviéticos, que veían en el eurocomunismo (comunismo democrático) un enemigo que deslegitimaba el sistema autoritario de la URSS y que se sentía denunciado por el sometimiento de los pueblos del bloque soviético. La suma de las esperanzas frustradas y el incumplimiento de las expectativas de la militancia, a la que los mismos dirigentes estimularon para mantener el ánimo, provocaron conflictos internos, rupturas y escisiones. Aparecieron nuevos partidos grupusculares que se autodefinían como comunistas o revolucionarios y que acabaron por confundir a los votantes. El electorado, en gran parte, se inclinó hacia el voto útil del PSOE, o bien se abstuvo. Su influencia en las décadas de los ochenta y noventa fue escasa, excepto en bastantes gobiernos locales, en el sindicalismo de CCOO, en algunos sectores intelectuales y profesionales, o en algunos movimientos sociopolíticos (barriales, ecologistas, feministas o nacionalistas de la periferia).¹²

Los gobiernos del PSOE (1982-1996) hegemonizaron la postransición. Hubiera podido ser una segunda Transición, o se hubiera podido democratizar la incipiente democracia que se había acartonado como

9 La LOAPA fue recortada casi en su totalidad por el Tribunal Constitucional (TC), pero el abuso de la legislación básica, las sentencias del TC debidamente modificadas y la resistencia a transferir competencias y recursos recortaron el desarrollo autonómico.

10 Los gobiernos del PSOE realizaron avances respecto a los derechos individuales y sociales (educación y sanidad) y se aprobó el Estatuto de los Trabajadores, pero las grandes centrales sindicales, UGT y CCOO, promovieron importantes huelgas debido a la falta de políticas públicas de generación de empleo y de aumento de los salarios más bajos. El PSOE renunció a promover la memoria histórica democrática del antifranquismo y frenó el desarrollo de las autonomías y de las nacionalidades.

11 La suma de la circunscripción provincial y la ley d'Hondt favorecen a los dos partidos más votados. El PCE (luego Izquierda Unida), que fue la tercera fuerza política, quedó como fuerza residual. Si el sistema fuera proporcional, habría obtenido una fuerza capaz de competir para ser candidato a gobernar. Con la mitad de los votos, apenas puede alcanzar diez veces menos de diputados. Incluso un partido de base regional o de nacionalidad, con diez veces menos de votos, puede duplicar sus diputados.

12 Ver Borja (2011, 2012).

una superestructura formal que permitía respirar a la sociedad, pero que no facilitaba la participación política ni la reducción de las desigualdades. Se reconocieron gradualmente derechos individuales y se desarrollaron políticas sociales (educación, sanidad, protección social, Estatuto de los Trabajadores). Pero se optó por la desindustrialización, las privatizaciones y se soltaron las riendas del sistema financiero. El neoliberalismo impregnó las políticas económicas. La clase política socialista y sus entornos se acostumbraron a frecuentar los poderes fácticos económicos y la alta burocracia. Se censuró la memoria histórica y se substituyó la cultura política de la omnipotencia del Estado represor y del nacionalcatolicismo por el afán de ganar dinero como fuera, y se lleva a cabo la exaltación del consumo y del individualismo. El PSOE, la izquierda institucional, creó una imagen de democracia conservadora y oligárquica, cómplice o sometida a los poderes fácticos. Así la fueron percibiendo amplios sectores populares y de los jóvenes, incluso muchos de los que votaron al PSOE. Pero se había perdido una gran oportunidad, la segunda Transición, la democratización de una democracia iniciada y rápidamente pervertida.¹³

Es bien sabido que se dio una mitificación de la Transición, una irritante falsificación histórica que se difundió en todo el mundo. El mensaje fue que todo se pactó entre élites políticas del franquismo y de la oposición (en su mayoría, la que no combatió el franquismo en vida del dictador). Mientras tanto, los ciudadanos se limitaron a ser espectadores pasivos. Sin embargo, hubo movilizaciones sociales y políticas y centenares de muertos y, sobre todo, un capital democrático extraordinario acumulado a lo largo de muchos años de lucha antifranquista. En años recientes se fue construyendo el contramito de la Transición; un contramito que se acentuó con el tiempo, por la degeneración del PSOE y, especialmente,

por los gobiernos del PP. Intelectuales radicales, jóvenes *movimentistas* y militantes decepcionados denunciaron la Transición. La consideraron una trampa, un retorno al pasado o, si lo prefieren, el continuismo sin Franco; el freno y marcha atrás de la incipiente democracia formal, una farsa, así como también la traición de los líderes de las izquierdas.¹⁴ Fue una reacción a la mitificación de la Transición, el tránsito pacífico, el olvido de las luchas y de las represiones, la democracia reducida a los procedimientos de representación limitada. La clase política con muy pocas excepciones, los medios de comunicación y numerosos intelectuales y académicos mitificaron la Transición, que fue considerada como pacífica y rigurosa, que promovió el desarrollo del país y que estableció las libertades deseadas.¹⁵ Los protagonistas fueron, a su vez, mitificados: el rey principalmente, pero también los líderes políticos. Es la imagen que se dio en el resto del mundo y que acabó de consolidar internamente el mito.¹⁶ El contramito, por su parte, se resumió en un acuerdo entre un pequeño grupo de personajes desligados o traidores del *pueblo*. En esto coincidían con los portadores del mito angelical. Pero se prescindía de la movilización social que fue en aumento en la década de los setenta y que hizo extremadamente difícil

13 La bibliografía sobre el PSOE, la Transición y los gobiernos socialistas es muy numerosa. Ver Molinero e Ysàs (2010); Julià (1989); Riquer y Culla (1994). Ver también el original trabajo de Andrade (2012). Es significativo, asimismo, el contenido crítico del trabajo de Gutiérrez (2015), pues fue escrito cuando acababa de terminar su mandato de diputado del PSOE, con cargos de responsabilidad y después de haber sido secretario general de CCOO.

14 Los dirigentes políticos posteriores que acusaron de traición a los líderes políticos del PSOE y del PCE, como Juan Carlos Monedero y Julio Anguita (Anguita y Monedero, 2013), saben, o deberían saber, cuáles eran las circunstancias de aquel momento. Felipe González nunca pretendió otra cosa que promover un bipartidismo moderado, y Santiago Carrillo consideraba que el cambio político que seguiría al franquismo no podría ir más allá de la democracia occidental.

15 El PSOE se colocó en una posición centrista y con vocación de gobernar ya. Aceptó la democracia limitada. El discurso de Felipe González de su campaña electoral que le llevó a la jefatura del Gobierno (1982) sintetizó su programa en «que España funcione». Un año y medio antes se había producido el golpe de Estado fallido, que asustó a gran parte de la clase política y de la sociedad. El proceso democratizador avanzó en algunos aspectos de carácter social, pero no desde el punto de vista político ni económico. Se aplicó *de facto* algo parecido a los dos demonios de Argentina (guerrillas revolucionarias y masacres militares). En España se silenció a las víctimas republicanas y, posteriormente, a los militantes resistentes, y se pasó página de las aberraciones de la dictadura y de sus cómplices (militares y policías, Iglesia, corporaciones, etc.).

16 El diario *El País* se hizo portavoz de la Transición y de su mitificación. Contribuyó a difundir el mito y a legitimar el largo proceso regresivo en los últimos veinte años. Ver Sánchez-Cuenca (2016).

intentar mantener el sistema político del franquismo únicamente maquillado. El contramito fue considerar la Transición como un casi continuismo del franquismo en la economía, en el deficiente trato a los sectores populares y a las nacionalidades, en la estrecha vinculación con la cúpula de la Iglesia, en el mantenimiento de una Judicatura en gran parte procedente de la dictadura,¹⁷ en el no reconocimiento de las luchas sociales y democráticas antifranquistas ni de las feroces represiones contra los republicanos en la guerra y en la larga postguerra. Todo lo cual, en parte, es así; aunque no todo es así.

Fue un proceso democratizador iniciado, limitado y frustrado, pero aceptado por la mayoría de la sociedad. Sería falsear la realidad establecer una continuidad con el franquismo, aunque sí es cierto que hay una cultura política muy impregnada de reaccionarismo tradicionalista, franquista y tecnoburocrático. Se construyó una estructura representativa mediante el sufragio universal, pero el voto individual no es igualitario, no solo por la legislación electoral sino también —y esto es más importante— debido a que los ciudadanos individualizados no son todos iguales: digamos que hay unos *más iguales que otros*, por información, capacidad de utilizar los medios más o menos manipuladores de la publicidad, la comunicación o la financiación de las candidaturas, las vinculaciones entre el poder económico y los partidos políticos, etc.¹⁸ La democracia no se limita a las elecciones. Hay otras formas complementarias de participar en la política como el rendimiento

de cuentas, la iniciativa legislativa popular, la consulta o el referéndum, la gestión cívica, etc. La democratización supone transformar estructuras sociales y económicas, lo que requiere diversas formas de incidir en los procesos políticos por parte de la ciudadanía para que todos tiendan a ser ciudadanos cada vez más «igualibres» (Balibar, 2010; 2014).

MITOS Y CONTRAMITOS A LA BÚSQUEDA DE NUEVAS UTOPIÁS POR CAMINOS MÁS REALES QUE MÍTICOS

Del mito angelical al mito demonizado

El mito de una Transición angelical pretendió que la democracia iniciada fue ejemplar, a pesar de las imposiciones anacrónicas y autoritarias: monarquía, exigencias militares, privilegios eclesiales, impunidad de los facinerosos de la dictadura y de los que abusaron del poder para enriquecerse. Se difundió el mito de que la democracia fue alumbrada por el rey acompañado de personajes herederos del sistema anterior y opositores blandos y respetuosos con el orden establecido, a los que se añadieron partidos opositores muy poco presentes en el antifranquismo y candidatos a líderes con una audacia para acceder al poder que no tuvieron durante la dictadura, algunos liberales y republicanos, y bastantes socialistas, la mayoría de nuevo cuño. Este mito arraigó en la sociedad y en la opinión internacional. El PCE fue marginado; se pretendió no legalizarlo, pero su digno pasado resistente, su capacidad de movilización pacífica en la calle y su moderación democrática podía hacerlo más peligroso fuera que dentro del sistema político.

¿Podían hacer algo más las organizaciones de izquierda que combatieron frente a frente a la dictadura?

La única fuerza que hubiera podido promover una movilización insurreccional era el PCE-PSUC. En Madrid, Barcelona y en grandes ciudades, zonas industriales y bastantes pueblos es probable que se hubieran ocupado ayuntamientos y quizás fábricas y universidades. Pero las demás fuerzas políticas, desde los continuistas con el franquismo y los reformistas procedentes de la dictadura hasta los socialistas, por activa o por pasiva, lo hubieran considerado una tentativa de golpe de Estado comunista y hubieran apoyado la reacción represora, o bien hubieran

17 Un caso curioso, derivado de la tentativa del golpe de Estado de 1981, es el silencio respecto a la política de las cúpulas militares. La represión la promueven los gobiernos y la legítima la Judicatura, como la ley *mordaza* y tantas otras felonías. Los golpistas militares quedaron fuera de juego después del 81, o están silenciados. Formalmente, los jefes militares se declaran profesionales y, la mayoría, constitucionalistas. Aunque, ante la cuestión de las nacionalidades o la plurinacionalidad son muy susceptibles.

18 El sufragio universal es una conquista democrática indiscutible e indispensable, pero tiene sus limitaciones. Los ciudadanos votan individualizados, *serializados*, como escribió Sartre en 1971 en un artículo de *Temps Modernes*: no en el marco de su entorno social y político, en su ámbito orgánico, como ciudadanos activos o miembros de su clase social.

mirado para otro lado. Hubiera sido un suicidio político. Las izquierdas militantes, con hegemonía comunista, no eran obviamente suficientemente fuertes como para imponer una transición democrática como la que se dio en Francia o en Italia en 1945, pero eran lo suficientemente fuertes como para dar miedo al bloque *occidental* y a una sociedad más temerosa que rebelde. Las estructuras de la izquierda militante hubieran sido liquidadas o marginadas para bastantes años. La fuerza material del Estado estaba intacta y, además, habría actuado sobre una base de *legitimidad* internacional y nacional. Por otra parte, no hay que olvidar que en el consciente o inconsciente colectivos estaba presente la vocación represiva de los aparatos del Estado.¹⁹

¹⁹ Me permito ejemplificar el dilema de la militancia resistente entre actuar en el tortuoso proceso de la Transición o forzar rupturas que pudieran superar los límites del pactismo, a medio camino entre reforma o ruptura. En la década de los años setenta fui responsable de los movimientos populares (ciudadanos) y de las políticas municipales en la dirección del PSUC (también colaboraba estrechamente con la dirección del PCE en estos ámbitos). Las primeras elecciones generales (1977) las ganaron los *centristas* (UCD), amalgama de postfranquistas (reformistas o evolucionistas) y opositores conservadores o moderados. Pero los socialistas y comunistas ganaron en muchas ciudades grandes y medianas. El gobierno centrista no tenía ninguna prisa por convocar elecciones municipales, pues no disponían de estructuras locales y los ayuntamientos estaban casi todos gobernados por personajes residuales del franquismo o derechistas sin color político ni reconocimiento social. La dirección del PSUC me pidió un informe al respecto. Expuse que se habían creado comisiones cívicas en muchas ciudades de Cataluña, con los partidos políticos democráticos y organizaciones sociales. Era muy viable ocupar los ayuntamientos y suplantar a los gobernantes con mínima o nula legitimidad. Inicialmente, la gran mayoría de la dirección optó por esta iniciativa. Sin embargo, se dio la oposición del secretario general y la mía. El primero consideró que el proceso democratizador se había puesto ya en marcha; nos hubieran denunciado como antidemocráticos y golpistas y nos hubieran marginado de entrada. Por mi parte, argumenté que en los ayuntamientos se produciría un caos: muchos altos funcionarios no reconocerían a las nuevas autoridades y muy pronto los otros partidos se retirarían (socialistas incluidos) y nos quedaríamos solamente acompañados por algunas organizaciones sociales o ciudadanas. El costo mínimo más probable sería que llegaríamos a las elecciones, nos responsabilizarían de la parálisis del ayuntamiento y perderíamos probablemente una parte importante del apoyo social. El PCE creo que ni tan solo se lo planteó. En cambio, formamos comisiones cívicas de control de la gestión municipal y en las primeras elecciones locales (1979) las izquierdas ganaron en la mayoría de ciudades grandes y medianas (en Cataluña y en otras zonas de España).

¿La Transición fue una farsa? En parte, sí; fue el mito angelical de considerar como el triunfo de la democracia lo que solo fue una democracia limitada, más heredera del pasado que constructora del futuro. La monarquía fue impuesta, pues en un referéndum, probablemente, hubiera ganado la república (como el mismo Suárez, jefe de Gobierno, reconoció más tarde). El carácter *indisoluble* de España, una concepción metafísica, fue una exigencia de la monarquía y de las fuerzas armadas. Se redujo la democracia a un conjunto de procedimientos de representatividad oligárquica. No se planteó en ningún momento la dimensión social y económica de la democracia. Y no hubo reconocimiento de la República de 1931, ni de la lucha y masacre del pueblo republicano, ni de la lucha antifranquista.

Pero, en parte, no fue una farsa. Se construyó un modelo de Estado mediante la Constitución de 1978 que restablecía los principios básicos de la democracia liberal, promovía los derechos individuales y la igualdad político-jurídica de los ciudadanos y ciudadanas, reconocía las nacionalidades históricas y dejaba abierta la posibilidad de transformaciones sociales y económicas. Era una base de partida que podía avanzar, tanto respecto a los derechos sociales, como a los nacionales. Sin embargo, hubo más regresiones que progresos, principalmente como reacción a la tentativa de golpe de Estado (1981) y cuando gobernó el PP, a partir de mediados de los años noventa. A principios de este siglo, el Gobierno socialista de Zapatero inició una segunda transición que fue frustrada por la crisis económica y la debilidad del PSOE.

La invención de un contramito fue inicialmente la frustración de la militancia que luchó contra la dictadura y que esperaba grandes cambios políticos y sociales. Pero fue sobre todo la emergencia de nuevas generaciones que se desarrollaron a partir de la Transición o, más tarde, los que asumieron el contramito más radicalizado, más ideológico, más primario y más basado en prejuicios que en conocimientos. Lo positivo de la Transición y de las políticas públicas sociales y culturales se daba

como banal, era considerado como natural. Pero la indignación, expresada en el 15M y más que justificada, se debió a una realidad presente que no ofrecía esperanza, una realidad que aparecía como escandalosa: la corrupción, los enriquecimientos especulativos, la ostentación de la riqueza. Las generaciones jóvenes no se sentían representadas por el sistema de partidos, los privilegios de los cargos públicos y sus complicidades con los poderes económicos, la desocupación, la formación adquirida pero no válida para entrar en el mercado de trabajo, el sentirse sin futuro a diferencia de las generaciones anteriores, la crisis económica gestionada con los poderes fácticos. Se construyó el mito negativo de la Transición como continuismo de la dictadura. Se identificaba el Estado presente con el de la dictadura, se devaluaba hasta la negación total de los elementos propios, aunque limitados, de la democracia, se confundía la opresión del franquismo con las injusticias reales que sufrían los sectores populares, en especial las minorías llegadas de otros países. En resumen: se rechazaban las actuales instituciones. En vez de descubrir las contradicciones del sistema político-económico, se impuso una *nueva política* muy primaria (que luego se ha matizado y se ha conectado con lo positivo de la resistencia antifranquista) que condenaba absolutamente una realidad negra, cuando era gris.²⁰ El contramito fue una construcción idealizada, más inventada que analizada, más prejuiciosa que rigurosa. El contramito oscurecía el mundo real, que está hecho de conflictos, conquistas, regresiones, esperanzas, fracasos y progresos.²¹

La denuncia generalizada de la confusa clase política no solo resulta inoperante (¿qué ocurre si se consigue «que se vayan todos?»), también puede resultar equivocada e injusta. Se han demonizado todos los partidos políticos de la perversa Transición. Se acusó a la clase política, incluida no solo la dirigencia socialista, también la comunista, de «traidores»,²² de protagonistas de un modelo de Estado y de economía al servicio del gran capital y cómplices de los aparatos herederos del Estado anterior. Pero la gran mayoría de la sociedad consideraba que España tenía una democracia joven, no desarrollada, con muchos residuos autoritarios y con una clase política poco educada, pero similar a la de los países de la Unión Europea. Las mayorías sociales no consideraban el sistema político como mero continuismo franquista y aceptaron, con relativa paciencia, la democracia inmadura y subdesarrollada. Pero con el paso de los años, con la pobreza de la vida política y la pésima gestión de la crisis económica de inicio de siglo, se generalizó el malestar, la indignación social y el rechazo de la clase política. El contramito renació y arraigó especialmente entre las generaciones posteriores a la Transición. Fue un punto de apoyo para promover la nueva política y dio lugar a una nueva y modesta utopía movilizadora. Sin embargo, faltaba el proyecto político; la estrategia que se confrontara con la realidad y la organización que arraigara en la sociedad y en las instituciones.

20 Un ejemplo sobre la naturaleza ambivalente de las instituciones son los gobiernos locales y autonómicos. En muchos casos, especialmente en el ámbito local, se han desarrollado numerosas experiencias políticas de carácter social, ambiental, cultural, urbanístico, de regeneración económica, de participación ciudadana, etc. Precisamente los colectivos jóvenes han podido experimentar las posibilidades de conquistar los gobiernos locales e implementar políticas innovadoras.

21 Los fundamentos teórico-políticos de la nueva política eran tan simpáticos como simples. En vez de analizar las contradicciones y las distintas formas de conflictividad, la política se basaba en el *empoderamiento* elemental de colectivos en situaciones límite que se expresan mediante movimientos sociales intermitentes y la oferta abstracta de *modelos alternativos* aderezados con la metafísica radical de Laclau o de Negri. Una mezcla de anarquismo *soft* y neoliberalismo angelical.

22 Ver, por ejemplo, el libro-diálogo ya citado entre dos personajes serios, que no son ni izquierdistas sin experiencia política, ni jóvenes radicales: Julio Anguita y Juan Carlos Monedero; el primero, exsecretario general del PCE y, el segundo, fundador de Podemos y uno de sus principales líderes durante los primeros años. Monedero empieza el libro acusando al PSOE y al PCE de «traidores», e insiste hasta que Anguita acepta este calificativo. Recientemente, el líder de Izquierda Unida, Alberto Garzón, sorprendió en una entrevista en *El País* en la que, sin venir a cuento, hizo unas declaraciones similares y utilizó la acusación infamante de *traición* de la dirección del PCE. Garzón ha sido y es, a mi parecer, un político honesto y sensato, pero sus declaraciones solo se explican por oportunismo infantil.

INMOVILISMO POLÍTICO Y EL POSIBLE NUEVO HORIZONTE EN BUSCA DE LA POLÍTICA REAL Y UNA ESTRATEGIA QUE ACERQUE A LA UTOPIA

La irrupción de las nuevas fuerzas políticas —Podemos, En Marea, Comuns, Compromís, etc.— ha removido el agua estancada de la política institucional española. En este escenario continúan agitándose los partidos políticos gobernantes, que lo son o lo han sido, en especial, la troika conservadora, las dos derechas, y en la que chapotean los actuales dirigentes socialistas. Puras palabras. Nada cambia. Prometen, pero no cumplen. Salen en los medios pero cada vez hay menos ciudadanos que se los crean. Aunque solo sea el simple hecho de lanzar piedras en forma de denuncias y propuestas que conectan con la ciudadanía y le demuestran algo de sensibilidad y convicciones, es suficiente para que los instalados en las instituciones manifiesten miedos y rechazos. Por esto amenazan con leyes *mordaza*, anuncian catástrofes si llegaran al poder las nuevas fuerzas políticas y se unen para atrincherarse en los aparatos blindados del Estado. Parafraseando a Borges, «No les une el amor sino el espanto».²³

La Transición y su contramito fue una de sus razones de ser. Sin embargo, las irrupciones de los jóvenes indignados no proceden del antifranquismo; no lo vivieron y lo han conocido poco, o nada. Y la Transición apenas pueden entenderla. Los hechos son conocidos. Pero las relaciones de fuerza, las amenazas más o menos explícitas o la quietud de gran parte de la sociedad son difíciles de adivinar o de imaginar. Sin embargo, estas generaciones tuvieron y tienen razones para denunciar lo que se hizo o no se hizo en la Transición. Lo que se hizo de positivo, se lo encontraron hecho; formó parte de su entorno *natural*. Y, de lo que no se hizo o se quedó a medias, ahora se pagan los costes. El resultado de la Transición no fue el esperado. Fue pervertido por la monarquía, las cúpulas políticas gobernantes, la Judicatura, la alta administración y, en general, todos los que de una forma u otra han disfrutado

de cuotas de poder y de privilegios.²⁴ En consecuencia, la Transición no fue lo que pudo ser. No hubo una segunda transición pues, si bien se desarrollaron políticas sociales y se promovieron algunos derechos políticos y civiles individuales, hubo una interpretación regresiva respecto a las nacionalidades, al control público democrático de la actividad económica y a la recuperación de la memoria histórica. La frustración de las generaciones adultas en la Transición tuvo costes y también beneficios: se conquistaron derechos pero, en parte, fueron más formales que otra cosa. Las generaciones posteriores han vivido un presente gris y se les propone un futuro peor que el de sus padres. La Transición fue lo que se hizo y cómo se desarrolló; es posible que no haya sido lo que pudo ser. No tiene sentido ahora pelear por el pasado, ni plantear *otra* Transición; ahora hay otra realidad que afecta no solo a las generaciones jóvenes sino también al conjunto de la sociedad. Se trata de democratizar la democracia limitada y pervertida.²⁵

¿Una nueva Transición, o mejor dicho, democratización promovida por las nuevas generaciones? Sí, pero no solamente, aunque estas deben asumir el protagonismo. Hay otros actores presentes, en muchos casos, intergeneracionales. Y ya no se trata solamente de recuperar lo que pareció, pero no fue; democratizar a todos los niveles el país y sus instituciones, el reconocimiento de las nacionalidades, la recuperación de la memoria democrática y el acceso real a la democracia para los sectores populares. Es también combatir la economía

²³ Borges escribió, refiriéndose a los porteños, «No nos une el amor sino el espanto», en el poema «Buenos Aires» del libro *El otro, el mismo*, de 1964 (Borges, 1998).

²⁴ Un ejemplo es la Constitución y sus ambivalencias. Se reconocen las nacionalidades, pero empezamos mal con el absurdo art. 2 que declara algo tan metafísico como «la unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles». A lo que se añade una distribución de competencias, aunque el poder central acumula todas aquellas que considera de «interés nacional» o puede desarrollar «leyes básicas» que, en la práctica, anulan las competencias decisorias. Por otra parte, nunca se aplica el art. 9, punto 2, que legitima todas aquellas transformaciones sociales y políticas que pueden «remover los obstáculos que impidan o dificulten la plenitud (de la libertad e igualdad) y faciliten la participación en la vida política, económica, cultural y social».

²⁵ Hubo un inicio de democratización, y también procesos de desdemocratización. La redemocratización cuestiona el régimen político. Hay momentos históricos en los que la democracia se confronta con el marco político-jurídico existente. Ver Borja (2015; 2017).

especulativa, las desigualdades crecientes, la corrupción política, la degradación de los derechos laborales, la progresiva disolución de la ciudad sumergida por la dispersión urbanizadora donde se pierde la ciudadanía. Lo que no se hizo en el pasado y lo que se ha degradado en el presente se entremezclan, como ocurre con las generaciones.

Un desafío democrático que expresa, por ejemplo, el movimiento catalán: la impresionante movilización que se ha mantenido como resultado de la provocadora, absurda e innecesaria sentencia del Tribunal Constitucional (2010), que ha derivado incluso hacia el independentismo asumido por casi la mitad de la ciudadanía. La movilización catalana ha puesto en jaque el régimen político pero, al mismo tiempo, la fuerza del independentismo dificulta una alianza o convergencia con los procesos democratizadores en España. Hay que tener en cuenta que los gobiernos españoles y la troika *constitucionalista* (PP, C's y PSOE), incapaces de dialogar y opuestos a cualquier consulta, multiplican amenazas, menosprecian la plurinacionalidad del país y han contribuido mucho al crecimiento acelerado del independentismo. La existencia de Podemos y de los movimientos políticos en los países periféricos del Estado español puede contribuir a un acercamiento con el movimiento catalán. El reconocimiento por parte de Podemos de la pluralidad nacional, siendo una fuerza política de ámbito español, supone una potencial alternativa a la derecha. La emergencia de los movimientos políticos de afirmación nacional identitaria son más plurinacionales que independentistas, pero todos tienen vocación democratizadora y pactista. Han aparecido o se han renovado fuerzas políticas nacionalistas, o que reivindican su identidad y su autogobierno y expresan agravios tanto culturales como socio-económicos. No solamente en Cataluña y en el País Vasco, sino también en el País Valenciano, en Galicia y, en menor grado, en las Islas Baleares y en las Canarias, incluso en Aragón y Navarra. Sin embargo, ha sido en Cataluña donde se ha radicalizado el independentismo, que representa ya a la mitad de la población, mientras que la otra mitad se divide entre los contrarios a la independencia y los dudosos, indiferentes o cuya posición depende de cómo actúe el Gobierno español.

Hay un desafío relativamente nuevo que puede ser un factor democratizador (o no), por su complejidad y contradicciones. Nos referimos a las clases trabajadoras, cuya base histórica principal ha sido del movimiento obrero y la afluencia de población inmigrante que llega de otros continentes. La relativa debilidad sindical y la dispersión de su orientación política impiden, por ahora, que haya un bloque sociopolítico que se exprese en el conflicto social y en el escenario político. Las clases trabajadoras votan a la izquierda y a la derecha, y muchos, se abstienen. La población mal denominada *inmigrante* —en realidad residentes, a veces con nacionalidad, otras con estatus legal y otras *sin papeles*— forma parte mayoritariamente del *precarizado*, tiene baja integración sindical y casi nula participación activa en la vida política. Si bien no hay una atracción fatal hacia la extrema derecha, tampoco hay una atracción masiva de estos sectores populares hacia las nuevas o renovadas izquierdas. Las perdió hace tiempo el PCE, cuando se rompió, y las ha ido perdiendo luego el PSOE a través del penoso camino que ha discurrido de la izquierda moderada al centrismo demagógico y conservador. Podemos y sus aliados (incluidos tanto los *indignados* como los postcomunistas) representan fuerzas políticas con indiscutibles orientaciones progresistas, pero su base militante y electoral es más de clases medias que populares y obreras. Su desafío es llegar a estas clases, lo cual requiere paciencia, organización y propuestas políticas que les generen mucha confianza y algo de entusiasmo.

El inmovilismo de la troika liderada por el PP de Rajoy, y con la actual y lamentable dirigencia del PSOE, por una parte, y la persistencia de la crisis económica —aunque se dé un relativo dinamismo en algunos sectores exportadores y turísticos—, por otra, ofrece una oportunidad a las nuevas fuerzas políticas tanto en las clases medias como populares. La crisis económica iniciada en los años 2007-2008 y las políticas bárbaras de austeridad neoliberal generaron fuertes movimientos sociales como las mareas de la sanidad y de otros servicios públicos privatizados; la plataforma contra los desahucios, que obtuvo apoyo de la gran mayoría de la ciudadanía; las movilizaciones contra los bancos y entidades financieras; las huelgas de trabajadores contra

los despidos; las reformas laborales; la reducción de los salarios. A pesar del creciente *precariado* y las altas tasas de paro, hay no solo algo de reactivación económica, sino también sindical, lo que puede reforzarse con la presencia de las nuevas fuerzas políticas. Las resistencias populares generan amenazas y actuaciones represoras, políticas y judiciales, cuya expresión más explícita se hace presente ante todo tipo de protestas, huelgas y campañas. O controles policiales ilegales. La expresión más evidente ha sido la ley mordaza.²⁶ A ello se añade la corrupción, que afecta principalmente al PP y a las derechas en su conjunto, pero también al PSOE y al centro-derecha catalán. En esta última década se han multiplicado los escándalos de las élites privilegiadas, precisamente cuando una gran parte de la población se empobrecía, quebraban las pymes (pequeñas y medianas empresas), muchos profesionales cerraban sus oficinas y la desocupación de asalariados alcanzaba el 25 % de la población activa. La evasión fiscal, las grandes fortunas de origen desconocido (en muchos casos vinculadas a la corrupción y a la especulación), los salarios y otros emolumentos de directivos de las entidades financieras y grandes empresas podían ser cien veces más que los de un trabajador medio. La corrupción alcanzó a la casa real y al conjunto del partido gobernante, el PP, y, en general, ha afectado tanto a las cúpulas económicas, como políticas. Los jóvenes percibieron que estaban *fuera de juego*, se consideraban al margen de las instituciones y de los partidos políticos. No tenían ni confianza ni esperanza. Y los mayores añoraban aquellos tiempos en los que aún se creía en el futuro. La aparición de nuevos movimientos políticos ha abierto nuevas esperanzas. Sin embargo, la corrupción provoca por ahora más desmoralización social que reacción política. Pero este enorme malestar puede encontrar en las fuerzas políticas renovadas una reacción ciudadana que rompa el siniestro.

26 Ley promovida por el ministro del Interior que evitaba las sanciones por vía administrativa sin intervención de la Judicatura. Las multas exorbitantes, simplemente por haber firmado una declaración política y una convocatoria de una concentración o manifestación, podían dejar endeudado al firmante por muchos años. El ministro del Interior ha utilizado a jueces o policías como cómplices de *guerra sucia* contra sus adversarios políticos o activistas o intelectuales críticos.

CONCLUSIONES

En conclusión, la esperanza es una renovación política que rompe el inmovilismo siniestro de los últimos veinte años. El movimiento de los indignados fue algo más que un momento de efervescencia; fue un proceso acelerado de socialización política de las generaciones nacidas y desarrolladas a partir de los años ochenta y noventa. Han vivido en un marco en el que lo bueno ya estaba conquistado y estaba deteriorándose, y lo malo crecía y les afectaba especialmente. Aunque no eran los únicos, ni mucho menos; otros lo han vivido y lo viven ahora en peores condiciones: los inmigrantes, la gente mayor, los desocupados (que en muchos casos, no encontrarán ocupación nunca más). La base social y cultural de Podemos y sus confluencias dispone de unas capacidades de resistencia, movilización y elaboración de alternativas por su formación, apoyo familiar y la carencia de miedos acumulados; proceden tanto de clases medias como de familias de trabajadores cualificados y, en muchos casos, con pasados combativos. Pero estos colectivos adolecen de tres limitaciones. Una, el desconocimiento y, con frecuencia, el desinterés por el pasado. Existe en ellos un cierto sentido adanista, como si la historia empezara con ellos; hay una cierta negatividad respecto a las prácticas políticas y sociales, como si todo fuera desechable. Una segunda limitación es la heterogeneidad y coherencia de su cultura política. Denuncian los efectos de la vida política y económica, se escandalizan de los privilegios y de las exclusiones, pero no solo poseen bases comunes interpretativas (como lo fueron el liberalismo o el marxismo), sino que también desconocen los mecanismos de la política, de los partidos y de las instituciones. Les resulta difícil concretar proyectos políticos posibles y confiables. Para reformar, hay que incidir en los sistemas políticos y económicos existentes, pues nadie se plantea algo parecido a una revolución clásica. Finalmente, una tercera limitación es que su experiencia organizativa es propia de los movimientos sociales emergentes, en muchos casos minoritarios y discontinuos. Se funciona por asambleas y por portavoces, lo que corresponde a los nuevos movimientos sociales, pero no a las organizaciones de masas (sindicales, cívicas o profesionales), ni tampoco a los partidos, y desconocen aún más el funcionamiento de las instituciones, los pactos, el uso del marco político-jurídico y financiero, el uso de las elecciones y, sobre

todo, de las reelecciones, etc. No se trata de una crítica, sino de la necesidad de que estos movimientos maduren, se estructuren para la política a gran escala y no únicamente fabriquen prototipos que no se generalicen.

La novedad positiva es que el liderazgo y la iniciativa han correspondido principalmente a los *jóvenes*, es decir, a los menores de cuarenta años (o que por lo menos lo parecen o se consideran jóvenes).²⁷ Poseen

27 Esta *joven* generación política ha mitificado la *nueva política* y rompe con la *vieja política*. Hay algo de cierto si nos referimos a los partidos políticos encerrados en las cárceles de cristal que son los parlamentos y otras instituciones tan o más opacas e inaccesibles. La frescura del lenguaje y la cultura asambleísta es propia de los movimientos sociales. Pero cuando se plantean intervenir en otras dimensiones de la política, deben ampliar mucho su cultura política y organizativa. Nos referimos a las organizaciones de masas (como sindicatos, gremios, asociaciones ciudadanas, etc.) que se deben a sus miembros; a los partidos políticos, que se presentan a las elecciones y deben convencer a sectores diversos y, a veces, con intereses o ideologías de los militantes bastante distintos; y el funcionamiento de las instituciones, que oponen resistencias burocráticas, y de otras fuerzas políticas a modificar los comportamientos inerciales y poco transparentes. Sobre todo, se requieren pactos para tomar decisiones, aprobar normas o impulsar iniciativas. Hay que asumir también las limitaciones que imponen los marcos legales y financieros, la opinión pública, las presiones de colectivos sociales o gremiales, etc.

imaginación, lenguaje fresco, iniciativas..., pero olvidan las resistencias de la realidad. Una resistencia se da, en gran medida, por parte de la ciudadanía, de las clases medias y populares. Por razones diversas hay en estas mayorías sociales una preocupación por la seguridad y la estabilidad, y un temor a grandes cambios y a los conflictos. Hay un poso conservador, miedos lejanos, presentes tranquilos y, si es posible, futuros ciertos. Las alternativas deben conllevar una cuota de seguridad; demostrar que la inseguridad, la incertidumbre y el malestar serán crecientes con las actuales políticas y los mismos actores. Los viejos partidos políticos no tenían nada que ofrecer que no fuera más de lo mismo. Por ello, surgieron estas nuevas fuerzas políticas; pero las viejas (que, por cierto, no tienen más que tres o cuatro décadas) están muy presentes en la sociedad y muy implantadas en las instituciones. Unos son rechazables; otros pueden ser opositores decentes o aliados más o menos confiables. Solo falta un detalle: hay que conseguir arraigo social, hegemonía cultural y construir una fuerza política capaz de ganar elecciones. Ni más ni menos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Andrade, J. A. (2012). *El PSOE y el PCE en (la) transición*. Madrid: Siglo XXI.
- Anguita, J., y Monedero, J. C. (2013). *Conversación entre Julio Anguita y Juan Carlos Monedero: a la izquierda de lo posible*. Barcelona: Icaria.
- Balibar, É. (2010). *La proposition de l'égaliberté*. París: Puf.
- Balibar, É. (2014). *Ciudadanía*. Madrid: Adriana Hidalgo editora.
- Borges, J. L. (1998). *Obra poética, 2*. Madrid: Alianza Editorial.
- Borja, J. (2011). Los comunistas y la democracia o Los costes de no asumir las contradicciones. *El Viejo Topo*, 277, 22-35.
- Borja, J. (2015). Democracia, insurrección ciudadana y Estado de derecho. *La Maleta de Portbou*, 12, 77-83.
- Borja, J. (2017). Revolución 1917, comunismo soviético y partidos comunistas europeos. *El Viejo Topo*, 351, 25-43.
- Borja, J., Carrión, F., y Corti, M. (eds.) (2017). *Ciudades resistentes, ciudades posibles*. Barcelona: Editorial UOC.
- Bunge, M., y Gabetta, C. (comps.) (2015). *¿Tiene porvenir el socialismo?* Barcelona: Gedisa.
- Gutiérrez, A. (2015). Salir del fiasco socio-liberal para revitalizar el socialismo. En Bunge, M., y Gabetta, C. (comps.), *¿Tiene porvenir el socialismo?* (p. 125-161). Barcelona: Gedisa.
- Julià, S. (1989). *Historia del socialismo español*. Barcelona: L'Avenç.
- Méndez, A. (2004). *Los girasoles ciegos*. Barcelona: Anagrama.

- Molinero, C., e Ysàs, P. (2010). *Els anys del PSUC: el partit de l'antifranquisme (1956-1981)*. Barcelona: L'Avenç.
- Molinero, C., e Ysàs, P. (2016). *Las izquierdas en tiempos de transición*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Riquer, B. de, y Culla, J. B. (1994). *El franquisme i la transició democràtica*. Barcelona: Edicions 62.
- Sánchez-Cuenca, I. (2016). *La desfachatez intelectual: escritores e intelectuales ante la política*. Madrid: Los Libros de la Catarata.

NOTA BIOGRÁFICA

Jordi Borja (Barcelona, 1941) es geógrafo urbanista. Tiene estudios de Derecho en Barcelona (1958-1962) y en París. Es licenciado en Sociología, y tiene un Postgrado en Geografía Humana, un Máster en Urbanismo y cursos de doctorado (1962-1968). Es doctor en Geografía Urbana por la Universitat de Barcelona. Actualmente, es profesor emérito de la Universitat Oberta de Catalunya. Anteriormente, fue profesor en la Universitat de Barcelona, en la Universitat Autònoma de Barcelona, en la Universitat Politècnica de Catalunya y también en el Institut Français d'Urbanisme (en París), y en universidades de Londres, Lisboa, Roma, Venecia, Ciudad de México, São Paulo, Río de Janeiro, Buenos Aires, Córdoba, Santiago de Chile, Quito (Flacso), Nueva York (Pratt Institut y NYU), California (Berkeley), etc.

